

El ejercicio filosófico de Ernesto Mayz Vallenilla a partir de su concepción del hombre del Nuevo Mundo

Un día del mes de septiembre del año 1970, una estudiante de la recién fundada Universidad Simón Bolívar de Venezuela, oía, por medio de un circuito cerrado de televisión, la clase magistral que dictaba el rector de esa institución. Hablaba de la filosofía que inspiraba a los Estudios Generales, que han hecho de esa Casa de Estudios algo muy peculiar en el país. Esa estudiante oyó hablar de distintos modelos de universidades, de los modelos inspiradores de esos estudios humanísticos en el diseño curricular de carreras técnicas. Oyó hablar del técnico humanista. Este último vocablo la acompañó por muchos años, y más de una vez, recordando aquella clase inaugural, decía que el rector parecía haber conseguido ese híbrido en ella. Esa estudiante, que hizo estudios en la llamada ciencia dura, matemáticas puras, hoy transita en los predios de las Letras y de la Filosofía.

¿Quién podría decirle a aquella joven que, treinta años más tarde, en la emblemática Universidad Simón Bolívar, le correspondería el honor de decir algunas palabras en un merecido homenaje a quien había sido su rector durante varios años?

Hoy, ante ustedes, debo hablar de Ernesto Mayz Vallenilla. Del hombre; del ciudadano; del filósofo. Tarea nada fácil. Nacido en la llamada «tierra del sol amada», Maracaibo, capital de la riqueza petrolera de nuestro país, hizo sus primeros estudios primarios en esa ciudad para luego trasladarse a Caracas. Allí realizó estudios con los hermanos maristas, los padres jesuitas y con los hermanos de La Salle. Su secundaria la cursó en liceos públicos. Al entrar en la edad universitaria, marchó a Argentina a estudiar Filosofía junto con otros venezolanos. La beca que les permitía vivir en ese país fue bruscamente suspendida a raíz de un golpe

* Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela. Sociedad Venezolana de Filosofía. La primera versión de este acercamiento a *El Problema de América de Ernesto Mayz Vallenilla* fue leída en el marco del homenaje que se realizó en la Universidad Simón Bolívar (Caracas, Venezuela) con motivo de los 80 años del autor, y, luego, leída nuevamente en el acto de inauguración del VI Congreso Nacional de Filosofía, celebrado en la UCAB – Guayana, septiembre 2005.

de estado en 1945, que cortó abruptamente esos inicios filosóficos y también cortó la incipiente democracia del país. Al regresar a Venezuela, Mayz entró en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela, pues todavía no había sido fundada la Escuela de Filosofía en esa universidad. Ésta comenzó en 1946 y durante dos años, Mayz realizó ambos estudios, Filosofía y Derecho. Pero al final, optó por la Filosofía y se graduó en la UCV en 1950. Marchó a Alemania para realizar sus estudios de postgrado, pero los avatares políticos de nuestro país, que vivía una vez más otra férrea dictadura, hicieron que el joven estudiante renunciara a la beca gubernamental por mantener los principios democráticos violentados en ese régimen.

Regresó a la UCV donde obtuvo su Doctorado en Filosofía con la tesis «Fenomenología del conocimiento», publicada poco después. Siguió su vida académica en la UCV hasta 1969, cuando fundó la Universidad Simón Bolívar. Esta Casa de Estudios, fruto de los esfuerzos y concreción de los sueños de Ernesto Mayz Vallenilla, decidió rendir homenaje a su fundador en la ocasión de la celebración de su octogésimo aniversario. Hoy, ante ustedes, y no ya como una estudiante, sino en representación de otra institución también fundada por Mayz Vallenilla, la Sociedad Venezolana de Filosofía, me corresponde hablar sobre el ejercicio filosófico de este rector a partir de la concepción antropológica que desarrolla desde sus primeros escritos.

Numerosas son las obras de Mayz Vallenilla, entre las que destacan (y sin agotar la lista) *El problema de América*, *Fenomenología del conocimiento*, *Ontología del conocimiento*, *Del hombre y su alienación*, *El problema de la Nada en Kant*, *La ratio technica*, *El ocaso de las universidades*, *Sueño del futuro*, y la de su madurez filosófica, *Los fundamentos de la Metatécnica*.

No puedo en este momento comentar cada obra del filósofo Mayz; quienes me antecedieron ya han hecho excelentes análisis de sus obras. Sin embargo, un viejo texto juvenil nos hace reflexionar cómo su autor encarnó la idea que propugnó en ese texto.

Es una obra esencial para adentrarnos en el empeño de Mayz para construir ese pensamiento filosófico original del que tanto se ha hablado en este lado del mundo. Dentro de nuestro medio intelectual latinoamericano, ha habido una permanente pregunta que se ha manifestado tanto en la literatura como en el quehacer filosófico. Esa pregunta está referida a la «originalidad» de nuestra pro-

ducción intelectual, y Mayz sustenta, en este pequeño ensayo, «que el único recurso al que pueden recurrir los latinoamericanos para ser originales y originarios en sus creaciones es entregarse a vivir lo más auténticamente posible su propio modo de ser... habitantes de un Nuevo Mundo»

En *El escritor argentino y la tradición*, dice Jorge Luis Borges que «la idea de que una literatura debe definirse por los rasgos diferenciales del país que la produce es una idea relativamente nueva; también es nueva y arbitraria la idea de que los escritores deben buscar temas de sus países».¹ No sólo es nueva la idea, sino obsesiva. Cuando se estudia algún autor latinoamericano o caribeño parece obligatorio plantearse el problema de su representatividad y de arraigo en la cultura de la región. A ningún francés se le hubiera ocurrido preguntarse o discutir sobre la pertenencia o no de Sartre o Simone de Beauvoir a las letras francesas.² Sin embargo, entre nosotros, incluso se maneja —en forma más o menos explícita— un cierto repertorio de características deseables en un autor para darle o negarle carta plena de ciudadanía literaria y filosófica. Se ha discutido, por ejemplo, sobre la representatividad de Borges en las letras latinoamericanas, porque no escribía sobre determinados temas o situaciones sociopolíticas.

En el estudio citado en el párrafo anterior, para burlarse de ese tipo de reproche, Borges dice que Mahoma no necesitó describir camellos en el Alcorán para que se supiese que era árabe. Sugiere así que ese género de obsesión tiene su origen en una percepción insegura de la propia identidad. El problema planteado se vincula, pues, con otra pregunta también obsesiva en nuestro ámbito latinoamericano, la que se formula a propósito de la identidad cultural.

La pregunta por la identidad de América Latina ha sido de las más frecuentes que se han formulado en el pensamiento latinoamericano, desde el siglo pasado hasta el presente; pero además ha sido intensa, en el sentido de manifestarse en las respuestas, o al menos en el tratamiento del tema, una particular fuerza emocional, tal como si se estuviese frente a una preocupación obsesiva.³

¹ Borges, J. L. «El escritor argentino y la tradición» en *Prosa*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1975, p.103.

² Cuando nos referimos a esta pertenencia no estamos hablando de nacionalidades. Esto resultaría de una gran simplicidad y no tendría sentido plantearse como problema; nos referimos al problema de identificación cultural.

³ Sambarino, M. *Identidad, Tradición, Autenticidad. Tres problemas de América Latina*, Caracas: CELARG, 1980, p. 15.

Pero la obsesión no es casual o injustificada. Proviene de la historia misma de los pueblos asentados en la región. Negadas las posibilidades de autodeterminación y desarrollo, se hizo inevitable el reiterado interrogar sobre quiénes somos.⁴

Esa pregunta referida a la originalidad es el *leit motiv* que mueve a Ernesto Mayz Vallenilla en este ensayo titulado *El problema de América*, publicado por primera vez en 1959. Comienza así la Introducción:

Por todas partes se oye repetidamente expresar el deseo de crear una cultura americana que acuse rasgos de originalidad. En este programa se postula casi siempre que la cultura de América debe ser autóctona. Que debe buscarse *lo original* americano. Que debe desecharse todo patrón, modelo o paradigma que pueda velar, ocultar o desvirtuar *lo originario*.⁵

Lo que hace grande a una cultura son las manifestaciones artísticas, literarias y filosóficas. Y la identidad la conseguirá un pueblo, en tanto logre expresarse en términos de sus realizaciones propias. Pero el americano parece sentirse inseguro de dichas realizaciones y sigue en su vehemente búsqueda por lo original. Ahí, en ese punto, Mayz trata de buscar una primera respuesta a esa inquietud, y nos dice:

¿No nos está diciendo, acaso, esa desesperada búsqueda de la *originalidad* en el hombre americano, que éste ha comenzado por sentirse como un ser *indefinido* dentro de la Historia Universal y busca afanosamente asegurarse de aquello que considera un requisito indispensable para *empezar a ser*?⁶

Para empezar a ser. Tal descripción del hombre americano es sobrecogedora. Empezar a ser, porque no-se-es-todavía. Si esa afirmación se toma con el sentido de un complejo de inferioridad histórica, sería absolutamente negativo, dice Mayz. Sin embargo, tomado en un sentido de verdadera autenticidad en el propio vivir de nuestros pueblos, esa autenticidad de vida nos conduciría ineluctablemente a la tan ansiada originalidad. Es asumirnos como seres de un Nuevo Mundo.

⁴ Estos dos primeros párrafos los empleé en una investigación sobre identidad cultural en el Caribe anglófono: Yoris, C. *El caribe tiene nombre de mujer*, Caracas, UCAB-Eclepsidra, 2004.

⁵ Mayz Vallenilla, E. *El problema de América*, Caracas, Universidad Simón Bolívar, 1992, p. 41. Cursivas en el original.

⁶ *Ibidem*, p. 42. Cursivas en el original.

Ahora bien, ¿qué es ese Nuevo Mundo? Con una metodología fenomenológica, el autor nos conducirá por los senderos de esa novedad del mundo. Sin obviar los datos históricos sobre el origen de la expresión, el análisis de tal acaecimiento comienza por mostrar que

Más que un accidente histórico, ancilar y secundario, que bien podría transformarse u olvidarse sin mayores consecuencias, el sentir que su mundo constituye realmente algo *originario* es como una «voz» que parece resonar insistentemente en lo más profundo de la conciencia cultural del hombre americano(...) Buccando en lo más profundo de semejante búsqueda, algunos hemos llegado a convencernos de que *lo nuevo u original del mundo americano* (...) debe radicar en un temple de conciencia del habitante o morador del *Nuevo Mundo*, gracias al cual (...) el mundo *aparece* como *nuevo*.⁷

Y en ese *temple de conciencia* aparece aquel rasgo definitorio de ese hombre nuevo que es la expectativa. Mayz enfatiza que tal *expectativa* no es un monopolio del hombre americano, sino que dicha característica se presenta con mayor acentuación en él. Esta expectativa será desglosada, por decirlo de alguna manera, en aquellos actos prospectivos de los cuales la expectativa se erige en su base fundamental; esos actos prospectivos no son otros que *la sospecha, la esperanza, la curiosidad y el presentimiento*. Mas, la expectativa es la nota definitoria. En una hábil comparación con cada uno de los actos prospectivos señalados, Mayz va caracterizando esta expectativa para decirnos en su peculiar lenguaje que «*La expectativa es una responsable actitud asumida en trance de vivir en plenitud lo avojoante de la existencia actual y lo inescrutabile que lo advenidero puede tener en relación con ella*» [(Ibid. p. 61. Negritas nuestras, cursivas en el original)].

Es así como nuestro autor pasará a contestar otra pregunta indispensable en este recorrido para descubrir, develar al hombre americano en su su esperar continuo. *¿Qué es aquello que esperamos?*, se pregunta Mayz. La respuesta será la que defina a ese hombre expectante:

El americano siente que el hombre que hay en él (y que mora cabe un mundo en torno esencialmente advenidero) antes de ser algo ya hecho o acabado, y de lo cual pudiera dar

⁷ Ibidem, pp. 48-49. Cursivas en el original.

testimonio como acerca de la existencia de una obra o de un cosa concluida, es algo que «*se acerca*», que está llegando a ser, que aún no es, pero que inexorablemente llegará a ser. Bajo esta forma, la propia comprensión de su existencia...le revela a ésta como «*no-ser-siempre-todavía*»: síntoma inequívoco del ser esencialmente expectativa.⁸

Una lectura superficial podría conducir a una equívoca interpretación de esta expectativa, y creer que se está recomendando la inacción. Mayz se adelanta a esta posible inferencia errónea para explicar que

La acción del hombre expectante debe ante todo no dejarse engañar. Para ello sabe, de antemano, que puede ser burlada por el advenir (...) El hombre americano debe saber que este *Nuevo Mundo* no es una realidad ya dada, ni que llegará a ser, por sólo azar de la fortuna, una especie de «tierra prometida» llena de frutos y de bendiciones. Debe saber que el *Nuevo Mundo* se acerca, pero que, incluso, en el caso más extremo, puede hasta no llegar a ser un «Nuevo Mundo». Quiere decir esto que el hombre americano debería comprender que se halla expuesto radicalmente a no tener su *Nuevo Mundo*. Cógase bien: a no tenerlo, ya no sólo a perderlo... pues ni siquiera lo ha ganado definitivamente como un peculio perdurable y permanente.⁹

Este recorrido por el Nuevo Mundo nos condujo a un lugar privilegiado, un lugar donde parece si no resolverse, al menos sí bosquejarse la solución a ese viejo problema que se planteó al inicio de esta aproximación a *El Problema de América*, que no es otro que la pregunta por la originalidad de nuestro pensar filosófico.

En la medida que el hombre americano, en su radical expectativa, se asuma como ese ser expectante que se sabe emparentado con «la Humanidad en total», pero que su originalidad consiste, precisamente, el estar en un Nuevo Mundo donde su presente es «lo por-venir, lo ad-venidero», en esa medida, ese hombre americano enfrentará la filosofía justamente en su verdadera originalidad.

Ernesto Mayz Vallenilla ha sido una muestra de ese filósofo del Nuevo Mundo que asumió su ser expectante con originalidad. Sólo un pensador «original», de este lado del Atlántico, de este Nuevo Mundo, podía producir ese denso y excelente texto de la *Metatécnica*.

⁸ Ibidem, pp. 64-65. Cursivas en el original.

⁹ Ibidem, p. 69. Cursivas en el original.

En esta obra, y para decirlo con palabras de Alfredo Vallota y del propio autor, Mayz propone considerar al *lógos* humano como histórico, no sólo en su contenido sino en sus categorías y actividad inteligibilizadora. Pero no se trata solamente de un carácter evolutivo, sino que son posibles giros irreversibles en la conformación de un ser, el hombre, que por naturaleza es inacabado, indeterminado, al que no podemos considerar establecido definitivamente en su carácter sino como una posibilidad nunca realizada. Esta posibilidad de construir modelos de racionalidad se concreta gracias al actual desarrollo de la técnica que, habiendo superado su carácter antropomórfico, antropocéntrico y geocéntrico, da lugar a radicales y decisivos cambios que inciden sobre la epistemología y la ontología de nuestra propia época así como en el instituir humano en general.¹⁰

Paralelamente a esta vida académico-filosófica, Mayz realizó otra obra de gran importancia para la Filosofía en Venezuela. Fundó la Sociedad Venezolana de Filosofía, que hoy represento ante ustedes. Fue su Presidente en varias oportunidades, y también fue Presidente de la Sociedad Interamericana de Filosofía. Todas estas actividades las sigue auspiciando con enorme entusiasmo.

Filósofo, ciudadano en ejercicio, hombre de familia, esposo, padre de cuatro hijos y abuelo de siete nietos, a Ernesto Mayz Vallenilla le ha correspondido desempeñar un papel muy importante en la vida filosófica no sólo de Venezuela, sino de Latinoamérica. Hoy, en este acto, se le hace honor no sólo a él, sino también al país que le vio nacer. Por ello, gracias en nombre de todos.

¹⁰ Vallota, A. De la Metafísica a la meta-técnica en *Revista de la Sociedad Argentina de Filosofía, Homenaje a Ernesto Mayz Vallenilla*, Córdoba, Ed. Alejandro Korn, 2001, Año X-XI, N° 11, p. 187.